

Cortés volvió á emprender su marcha por el mismo camino que habia traido; pero viéndose molestado de cerca por los incansables naturales del pais, dividió su caballería en dos ó tres pequeños trozos, y la emboscó tras de los matorrales que se encontraban á orillas del camino, continuando siempre su marcha con el resto del ejército. Cuando mas entusiasmados avanzaban los indios siguiendo el alcance á los extranjeros, salió repentinamente la caballería y los puso en el mayor desorden, mientras que la infantería castellana volvía caras para completar la derrota. Los mexicanos huyeron poseidos de pánico terror, y la caballería los persiguió por el espacio de dos leguas, tiñendo sus lanzas en sangre de aquellos defensores de la independencia y libertad de su pais. El ejército no volvió á ser molestado hasta su entrada á Tezcoco, donde la guarnición lo recibió con muestras de gozo y entusiasmo; pues habia quince dias que no tenia la menor noticia de la buena ó mala suerte de sus compañeros. Los tlascaltecas llevaron á su patria el rico botin que habian cogido durante la campaña.

*Expedición de Sandoval: llegada de nuevos refuerzos.* A los cuatro dias de haber llegado los españoles á sus deseados cuarteles, una embajada de Chalco se presentó en ellos para pedir á Cortés su generosa ayuda contra las continuas amenazas de los aztecas; pero viendo el general el triste estado que guardaban sus tropas, y no pudiendo retirar su protección á este importante pueblo de las orillas del lago, dió órdenes á las ciudades aliadas para que fuesen en auxilio de aquella ciudad. Los habitantes de ella, no creyéndose muy seguros todavía, volvieron á reclamar de Cortés el favor de sus aguerridas tropas, y considerando éste que aquella importante plaza dominaba los caminos de Tlascala y Veracruz, que le eran muy necesarios para continuar con buen éxito sus proyectos de conquista, destacó al instante una partida de trescientos españoles y veinte ginetes, bajo las órdenes del valiente y distinguido Gonzalo de Sandoval.

Este oficial no tardó mucho en presentarse á la vista de la ciudad amenazada, y habiéndosele reunido los refuerzos de ella y de las provincias aliadas, se dirigió inmediatamente sobre la plaza de Huaxtepec, situada á cinco leguas al sur de la sierra, la cual se encontraba defendida por una fuerte guarnición azteca que espiaba los momentos de arrojarle sobre los chalqueños. Sandoval la encontró formada fuera de la ciudad y con intenciones de prevenir el golpe, aprovechándose de un terreno fragoso que estorbaba los movimientos de la caballería, la cual se vió precisada á retirarse despues de sufrir alguna pérdida; pero los arcabuceros y ballesteros que entraron á reemplazar á sus compañeros de armas, apoyados por el resto de la infantería que atacó los flancos con espadas y lanzas, pusieron en completo desorden las gruesas columnas indias, y se hicieron dueños de aquel campo sembrado de una multi-

tud de cadáveres. En la mañana del siguiente día volvieron los mexicanos con un refuerzo que habian recibido de la ciudad; pero su segunda intentona tuvo la misma suerte que la primera, y los españoles entraron inmediatamente en la ciudad que habian abandonado sus habitantes. El capitan español tomó alojamiento en el palacio del cacique.

A los dos dias de haber descansado en este lugar rodeado de deliciosos y magníficos jardines, Sandoval emprendió su marcha contra Jacapichtla que distaba cuatro leguas al Oriente, plaza colocada en la cima de un monte inaccesible á la caballería, y defendida por una numerosa guarnición mexicana; pero cuando empezó á tomar sus disposiciones para darle un golpe que castigase su arrogancia, los defensores dejaron rodar grandes piedras que hicieron retroceder á los aliados. Gonzalo de Sandoval, á quien habia llenado de indignación la noble y ventajosa resistencia de sus enemigos, mandó desmontar inmediatamente á los ginetes españoles, ordenó su infantería y empezó á subir con ella por la áspera montaña, resuelto á morir ó tomar la plaza por asalto. A pesar de los enormes peñascos que descendian desde aquella altura, á pesar de las flechas y dardos que arrojaban los que la defendian, nada fué bastante á contener el ímpetu de Sandoval y sus intrépidos españoles; pues habiendo logrado superar todas las dificultades con increíbles trabajos, llegaron á la cima del cerro bañados de sangre y de sudor, y en seguida empeñaron un reñido y desesperado combate que duró muy pocos momentos. La mayor parte de los aztecas fueron pasados á cuchillo, otros prefirieron arrojarle desde la cumbre hasta el precipicio, y otros fueron precipitados desde lo alto de las almenas. Sandoval volvió á emprender su marcha para la ciudad de Tezcoco.

Mientras tenian efecto estos sucesos que hacian respetables las armas españolas, se trabajaba con ahinco á orillas del canal de esta ciudad, y solo faltaban quince dias para ver concluidos los bergantines. El enemigo habia hecho tres inútiles tentativas para incendiarlos; pero merced á las precauciones que habia tomado Cortés contra los mismos habitantes de Tezcoco, impidieron que se verificase estos planes que debian destruir sus proyectos de conquista. Desde entonces empezó á tener pruebas de la amistad que le profesaba el nuevo príncipe de Acolhuacan; pues no solo le debió la sumisión de muchas provincias que le mandaban continuamente embajadas, sino que siempre lo encontraba dispuesto á favorecer sus mas insignificantes deseos. La causa española tuvo que agradecerle muchos é importantes servicios.

Por este tiempo arribaron á Veracruz tres buques que conducian á doscientos hombres, muy bien provistos de armas y municiones, y una fuerza de ochenta caballos. Estas tropas emprendieron al instante su marcha para la ciudad de Tezcoco, en cuyo camino no

encontraron tropiezos ni dificultades; porque todas las poblaciones del tránsito estaban sometidas á la poderosa influencia del dominio español. Entre los muchos hidalgos que vinieron en estos buques, merece particular mención Juan de Alderete, individuo encargado de vigilar sobre los intereses que pertenecían á la corona de España.

*Marcha del ejército por los montes meridionales: toma de Cuernavaca: batallas de Jochimilco.* Habiendo renovado los aztecas sus hostilidades contra la ciudad de Chalco, Cortés resolvió encargarse personalmente de socorrerla y ponerla en completa seguridad; porque aunque no resultase otro beneficio que la ocupación de los soldados, cuyo espíritu aventurero no estaba muy conforme con la vida ociosa del campamento, era lo bastante para determinar á Cortés á hacer un reconocimiento de la parte meridional de las lagunas. Puesto á la cabeza de treinta caballos, trecientos infantes y gran número de aliados tezcocanos y tlascaltecas, se puso en marcha el 5 de Abril con dirección á la ciudad de Chalco, donde se le reunieron algunos voluntarios con amigables disposiciones, y al siguiente día hizo rumbo hácia el mediodía de la sierra, en cuyo punto se vió continuamente molestado por los habitantes de aquellas elevadísimas montañas, que se aprovechaban de su ventajosa posición para arrojar piedras y saetas á los españoles. Sin embargo, el ejército continuaba su marcha con trabajo y sin interrupción alguna; pero en los momentos de aproximarse al pié de una alta roca que guarnecían tropas mexicanas, fué tanto el daño que recibieron los españoles y aliados sin poder tomar la defensiva en aquellas estrechas gargantas, que Cortés juzgó conveniente dar una terrible lección á sus incansables enemigos. En efecto, después de haber ordenado sus tropas en un estrecho valle que había en las inmediaciones, destacó una partida de tropas ligeras que atacasen la fortaleza por tres distintos puntos; pero apenas habían empezado á subir estos hombres valientes y decididos, cuando recibieron orden de retirarse para no dar lugar á una vergonzosa y completa ruina, pues además de ser la empresa temeraria y muy difícil en aquella ventajosa posición, se hizo preciso hacer frente á otro ejército enemigo que venía á atacar por la espalda al numeroso cuerpo de los aliados. Cortés les salió al encuentro con sus tropas bien ordenadas, y habiendo cargado violentamente á la cabeza de su caballería, puso en completa derrota á los indios y les siguió el alcance durante algunas leguas. Los españoles no experimentaron ninguna pérdida en esta batalla á campo raso; pero en la subida del monte tuvieron muchos heridos y ocho soldados muertos, entre ellos el abanderado del ejército. Durante las horas de la tarde, después de haber descansado el ejército en un sitio sombreado por un bosque de morales, Cortés pretendió atacar un cerro inmediato para vengar la pérdida que había sufrido en el anterior; mas á pe-

sar de haber intentado dos veces el asalto con la mejor parte de sus tropas, se vió en la necesidad de desistir de esta empresa peligrosa é impracticable, porque la falda del cerro estaba artificiosamente preparada para impedir la subida. Al siguiente día logró ocupar dos peñascos inmediatos que los enemigos habían abandonado durante la noche, y desde allí dirigió sus fuegos contra el cerro fortificado y guarnecido por sus enemigos, obligándolos de tal manera á pedir la paz y á rendirse á discreción. El general los acogió con bastante benignidad, no sin exigirles antes á que indujesen á deponer las armas á los que ocupaban el otro cerro del camino, lo que se verificó inmediatamente sin la menor dificultad.

Libres los españoles de estas molestias que interrumpían á cada paso su marcha, bajaron la escarpada falda de las cordilleras, y llegaron sucesivamente á las ciudades de Huaxtepec, Jauhtepec, Juihtepec y á la amena Cuernavaca, distante mas de treinta millas al Sur de México. Esta grande y populosa ciudad, conocida antiguamente con el nombre de Quauhnhuac, se hallaba defendida por una fuerte guarnición del ejército azteca, y por un profundo torrente que le servía de foso por todos lados, menos por uno en que se salía á un campo perfectamente cultivado; mas á pesar de su fuerte posición y el extraordinario número de sus defensores, esta ciudad fué tomada al siguiente día de la llegada de Cortés, gracias á la atrevida destreza de algunos castellanos, que aprovechándose de dos árboles colocados en ambos lados del torrente, cuyas inclinadas cimas formaban como un puente natural, flanquearon el foso y entraron en la plaza.

El general español, satisfecha su curiosidad de reconocer aquellas escabrosas cordilleras, regresó para el Norte y al siguiente día se halló cerca de la plaza de Jochimilco. Esta hermosa ciudad, á orillas del lago de Chalco, célebre por sus islas flotantes y sus jardines de flores, hizo palidecer por un momento la fortuna de Cortés; pues mas de veinte mil hombres conducidos en diez mil canoas, llegaron durante algunos días á renovar el no interrumpido combate. En esta lucha encarnizada perdió Cortés su caballo y cuatro valientes españoles; pero en los momentos en que los enemigos se preparaban á apoderarse de su persona, le salvó oportunamente una columna de tlascaltecas. Todos los historiadores de esta grande guerra, atestiguan que Cortés se esponía en las batallas como el último de sus soldados, á pesar de que no ignoraba que se había prometido una fuerte recompensa á quien lo cogiese vivo. Esta bravura fué la única cosa que jamás pudo sujetar. El ejército continuó su marcha en torno de los lagos hasta llegar á la ciudad de Tezcoco.

*Conspiración en el seno del ejército.* Al mismo tiempo que el genio de este general preparaba la destrucción de México, se conspiraba contra él en el mismo campo que debía resonar un día con

el nombre de su gloria. No era necesario buscar los culpables entre sus antiguos y fieles compañeros. Estos se hallaban entre los restos de la pusilánime tropa de Narvaez. Un desconocido y simple soldado, nombrado Antonio Villafana, estaba á la cabeza de la conspiracion. Los conjurados se reunian en su alojamiento, y él tenia en su poder la lista de todos los individuos que se hallaban comprometidos en la traicion. Se trataba de asesinar á Cortés, Sandoval, Olid, Alvarado y otros tres de los mas adictos á los intereses del conquistador: se proponian dar el mando al honrado Francisco Verdugo, cuñado del gobernador de Cuba; y despues de haber llevado á efecto la muerte de estos valientes capitanes, tenian intenciones de tomar en seguida la vuelta de aquella suspirada isla. La víspera del día designado para la ejecucion de este infernal proyecto, uno de los cómplices se apersonó secretamente con el general, y le descubrió todo el complot, añadiendo que en poder de Villafana paraba la lista de todos los conspiradores. Hernán Cortés, á quien esta noticia habia llenado de extraordinaria indignacion, no perdió un momento en aprovecharse del oportuno aviso, y llamó á los que como él estaban designados para el asesinato. Puesto á su cabeza, fué á casa de Villafana, lo mandó prender, le arrancó la confesion de su crimen y la lista de los cómplices. En ella vió con sentimiento algunos nombres de sugetos que creía adictos á su persona por agradecimiento; pero encerrando en su pecho tan triste descubrimiento, no quiso que su ejército ni sus aliados supiesen que existian tantos traidores á su alrededor. Hizo pedazos la lista y redujo á estrecha prision la persona de Villafana. Juzgado en aquella misma noche por un consejo de guerra, fué ahorcado al siguiente dia en la puerta de su propia casa. „Cortés, dice Robertson, sacó de este acontecimiento la ventaja de saber quiénes de sus compañeros patriotas eran sus enemigos, y de poder observar su conducta con mas atencion; mientras que persuadidos éstos por la moderacion de aquel, de que no tenia conocimiento de la parte que habian tomado en la conspiracion, se esforzaban en apartar de sí toda sospecha redoblando el celo y la actividad por su servicio.” En fin, creyó no deber dejar á nadie tiempo para reflexionar en la inaccion sobre semejante acontecimiento, y se apresuró á llamar todos los intereses y todas las atenciones sobre la grandiosa empresa del sitio de México.

*Conclusion del trabajo de los bergantines: distribucion del ejército: suplicio de Jicotencatl.* Por espacio de cincuenta dias de continuas fatigas y trabajos, ocho mil obreros del reino de Acolhuacan, habian estado ocupados en construir un canal de doce piés de profundidad, y dos millas de longitud, para conducir los bergantines desde Tezcoco hasta el anchuroso lago. Terminado este trabajo con muy feliz resultado, Cortés se dispuso á echar su flota al agua en presencia de todo el ejército. Los españoles é indios se forma-

ron en batalla el 28 de Abril. Despues de haberse celebrado el sacrificio de una solemne misa, durante la cual comulgaron todos los castellanos del ejército, el padre Olmedo se adelantó en hábitos sacerdotales hácia los bergantines, los bendijo, y puso nombre á cada uno de ellos á su entrada en el canal. La flota se hizo á la vela con gusto y admiracion de los espectadores; pues fijos todos los ojos en ella, la contemplaban como el instrumento de una próxima victoria. En seguida se cantó un Te-Deum al estrépito del cañon, y luego se oyeron vivas y repetidas aclamaciones dirigidas á Cortés, que se veía ya vencedor de tantos é innumerables obstáculos. El general revisó entónces sus tropas y municiones de guerra. Gracias á los refuerzos que recibió durante algunos meses, se veía entónces á la cabeza de ochenta y seis caballos y ochocientos infantes españoles: el número de sus aliados podia elevarse á cien mil indios. Poseía tres piezas grandes de sitio, de hierro, y quince pequeñas de campaña, de bronce; no le faltaban balas de cañon ni de fusil, y su provision de pólvora no excedia mucho de un millar de libras.

Tales eran sus fuerzas y sus medios contra la poderosa México, en la que cerca de doscientos mil habitantes guerreros, viejos, mugeres y niños, se hallaban encerrados desde entónces con la firme resolucion de sepultarse entre sus ruinas. El sitio de esta hermosa capital, tan glorioso en el ataque como en la defensa, es el mas importante suceso de la historia del nuevo mundo, contando desde la época de su descubrimiento; pues patentiza mas que cualquier hecho militar, el colmo de la enérgica desesperacion de los aztecas, defendiendo sus hogares domésticos palmo á palmo y con armas desiguales. Tambien nos muestra sin ejemplo la grande discrecion de Cortés; pues es admirable que hubiese logrado reunir al rededor de las banderas españolas, tantas poblaciones de intereses tan distintos, de costumbres tan diferentes, sirviéndose de las familias americanas para derribar el último baluarte de su independencia, para conseguir con medio imperio mexicano, sujetar al otro medio á la coyunda europea.

Antes de emprender el general español este grande ataque, renovó en Tezcoco las órdenes que habia ya publicado en Tlascala para el sosten del orden y la disciplina. Es un documento curioso para el porvenir; pues honra el carácter de Cortés, y atestigua su humanidad y su espíritu de justicia. En él habla á sus soldados españoles y aliados; era un bando que contenia los artículos siguientes: „1.º Nadie blasfeme de Dios, de la Santa Virgen, ni de sus Santos: 2.º Ninguno riña con otro, ni ponga mano á la espada, ni otra arma para herirlo: 3.º Nadie juegue las armas, ni el caballo, ni otra prenda del servicio: 4.º Nadie fuerce á muger alguna, só pena de muerte: 5.º Ninguno se apodere de los bienes ó prendas que no le pertenecen, ni castigue á ningun indio, si no es su esclavo: 6.º Ninguno haga correrias sin permiso del gene-

„ral: 7.º Ninguno prenda á los indios, ni saqué sus casas sin „permiso del general; y 8.º Ninguno trate mal á los aliados, an- „tes bien procuren todos conservar su amistad.”

El sitio de México no se parecía á ninguno de los de las plazas fuertes de Europa al principio del siglo diez y seis; porque tampoco podia aplicarse allí la táctica europea. Sin murallas altas ni gruesas, sin aspilleras, sin torres almenadas, sin fortalezas y sin puentes levadizos, la antigua México era una ciudad abierta por todas partes, una ciudad cortada por canales, bañada por las aguas de un lago, sin estar unida á la tierra firme sino por tres largas calzadas. No tenia otros medios de defensa fuera de su posicion casi insular, las azoteas ó terrados de las casas, sus profundos fosos, sus barricadas, y sobre todo, su inmensa y fanática poblacion. Ya la hemos visto emplear con buena suerte todos los recursos de la naturaleza de su territorio, y fiel á la misma táctica que puso en ejercicio durante aquella sangrienta y triste noche, se limitó á entenderla en mayor escala en esta circunstancia decisiva.

Cortés dividió su ejército de españoles y aliados en tres cuerpos iguales, con el objeto de establecer otros tantos campamentos situados á las extremidades de las calzadas principales. El de la ciudad de Tacuba que dominaba la calzada del mismo nombre, se confió á Pedro de Alvarado con una fuerza de treinta caballos, ciento sesenta y ocho infantes españoles y veinticinco mil tlascaltecas. La poblacion de Coyoacan, que dominaba la calzadilla que se unia con la de Ixtapalapan, fué ocupada por Cristóbal de Olid que tenia fuerza igual á la anterior. El valiente Gonzalo de Sandoval, á la cabeza de veinticuatro caballos, ciento sesenta y ocho españoles y multitud de aliados, debia destruir la ciudad de Ixtapalapan y acamparse en aquellas inmediaciones. Cortés tomó el mando de los bergantines para coadyuvar al ataque de sus tres divisiones. Tomados estos diversos puntos con el vigor que era característico á las tropas castellanas, debian verse los sitiados atacados en la plaza y separados de la tierra-firme. Otra operacion preliminar los puso todavia en mayor conflicto, pues el general español mandó romper los acueductos que conducian á México la única agua dulce de que hacian uso: empresa atrevida que los sitiados no pudieron impedir, y cuyo accidente fué como el prelude de las calamidades que iban á caer sobre ellos.

Entre los señores tlascaltecas que acompañaban la division de Alvarado, se encontraban el joven Jicotencatl y un primo suyo llamado Pilteuctli. Con motivo de haberse trabado una riña entre un soldado español y este último guerrero, en la cual recibió una herida el joven tlascalteca, sus compatriotas resintieron amargamente aquel ultraje é hicieron algunas demostraciones de enojo; pero Jicotencatl, á quien habia sido mas sensible esta injuria, tanto por su dignidad como por su inmediato parentesco, abandonó secretamente

Pág. 316.

Tomo 1.º



Ordaz



Alvarado



Sandoval.



Olid.

el ejército y tomó el camino de Tlascala. Cortés mandó alcanzar y prender al fugitivo, lo juzgó como desertor y lo condenó á morir ahorcado públicamente. „Así pereció en la flor de su edad Jicotencatl (dice Prescott), el guerrero mas intrépido de cuantos habian „conducido á la batalla ejércitos indios. Fué el primer gefe que „resistió con éxito á las armas de los invasores; y probablemente „si todos los aztecas hubiesen tenido un ánimo tan esforzado como „el suyo, jamás habria puesto Cortés la planta en la capital de Moctezuma. Estaba dotado de una prevision mas clara que la de todos sus compatriotas, pues que conoció que el europeo era un „enemigo mas formidable que el azteca. Sin embargo, supuesto „que militaba bajo las banderas castellanas, no tenia derecho de „desertarse, é incurrió en las penas que todas las naciones, ora salvajes, ora cultas, imponen á la desercion. Cuentan además, que „el senado de Tlascala cooperó á su suplicio, enviando decir á „Cortés, que tambien segun las leyes de la república, merecia Jicotencatl la muerte. Con todo, fué un acto de arrojo ejecutar la sentencia en medio de los suyos, porque era un gefe muy principal y „heredero de uno de los cuatro señoríos de la república. Sus prendas caballerosas le habian ganado popularidad, especialmente entre los jóvenes; de suerte que sus vestidos fueron despues de su „muerte hechos tiras y repartidos como reliquias entre los jóvenes; „pero ninguna resistencia opusieron á la ejecucion de la sentencia, „ni hubo ningun amago de conmocion. El fué el único tlascalteca „que faltó á la fidelidad á los españoles.”

*Principio del sitio de México: entrada de los sitiadores en la „ciudad: nuevas entradas en la capital: confederaciones de algunas poblaciones del lago con los españoles.* El 30 de Mayo, día en que celebraba la iglesia católica el Corpus-Cristi, sabedor Cortés de la llegada de los diferentes cuerpos á los puntos que estaban encargados de ocupar, empezó el ataque por el costado del lago con los bergantines y las tropas que los montaban. Su flotilla dió fondo cerca de un montecillo aislado; pero apenas el enemigo le habia percibido desde la ciudad, cuando millares de canoas salieron á su encuentro, y confiando los indios en el extraordinario número de ellas, maniobraron para cercar á Cortés, cortarle la retirada y abordar sus bergantines. Una sosegada calma les favorecia. La posicion de Cortés que parecia encadenada sobre el lago, en medio de enemigos cien veces mas numerosos que sus fuerzas, se hacia cada momento mas crítica, cuando levantándose de pronto una fuerte brisa, le permitió desplegar sus velas y pasar por encima de las débiles embarcaciones que tenia á su frente. La mayor parte de las canoas mexicanas fueron á fondo, y el resto tomó la fuga perseguido por los españoles, que hicieron en esta jornada una horrible carnicería en sus desdichados adversarios. Desde este momento la posesion del lago no volvió á serles disputada.

Quedaron dueños de acudir á todos los puntos, de interceptar las comunicaciones de la ciudad sitiada, y de secundar los ataques de las tropas de tierra.

Habiendo visto Olid la refriega de la escuadra desde un templo de Coyoacan, marchó por el camino de México, se apoderó de algunos fosos y trincheras, é hizo gran carnicería en los escuadrones enemigos. Entretanto Cortés se dirigió con sus bergantines al punto llamado Joloc, baluarte situado en el ángulo donde se juntaban la calzada principal de Ixtapalapan y la rama que iba á Coyoacan; lo atacó simultáneamente por agua y tierra, y lo tomó á pesar de la heroica resistencia que se le hizo: en fin, viendo que este puesto dominaba el camino principal y el que conducía á los reales de Olid, determinó establecer allí sus cuarteles generales, mandó situar los cañones en la calzada, dió orden á Olid de que se le uniese con la mitad de sus fuerzas, é hizo que Sandoval se situase con las suyas en la ciudad de Coyoacan. En seguida se ocupó de poner en el mejor estado de defensa el fuerte de Joloc. En la misma noche vinieron al campamento un gran número de enemigos; pero los españoles los obligaron á retirarse con no poca pérdida de una y otra parte. Estas escenas se repitieron durante los cinco ó seis primeros días, tanto en los reales de Cortés, como en los puntos que defendian sus otros capitanes.

El general español, no satisfecho de aguardar pasivamente los resultados de un sitio dilatado, determinó dar un asalto general, con mas de quinientos españoles y ochenta mil aliados. Sandoval y Alvarado debian penetrar al mismo tiempo en la ciudad, cada uno por su camino, con orden de atacar los barrios inmediatos á sus respectivos campamentos. Apenas habia andado Cortés un corto trecho de la calzada, cuando se vió detenido por un foso y una trinchera de diez pies de alto; pero merced á los bergantines que cubrian los flancos de sus tropas, logró salvar este obstáculo y persiguió á los enemigos hasta la ciudad, donde lo detuvieron otro foso y otra muralla de mampostería, defendida por un cuerpo de guerreros aztecas. El ejército español se mantuvo firme en su puesto por algunos instantes, hasta que desembarazada la trinchera por las repetidas descargas de los bergantines, continuó su marcha y penetró en los suburbios de la capital. Puesto el general á la cabeza de sus intrépidas tropas, penetró con admiracion de los indios por la calle principal que cortaba la ciudad de Norte á Sur, y obligó á sus enemigos á huir despavoridos al recinto del templo; pero atacado en seguida en su retaguardia por un gran número de aztecas, sin poder sostener su empuje dentro ni fuera del templo, se vió en la precision de retirarse, atravesó la plaza, abandonó el cañon que habia situado en ella y volvió á tomar el camino por donde habia entrado. A los pocos minutos se introdujeron en la plaza cuatro valientes ginetes, y creyendo los indios que no tardaria en venir toda la caballería en contra suya, abandonaron el templo y la plaza á

heroica osadía de sus contrarios. Cortés emprendió en seguida su retirada, no sin haber mandado quemar las mejores casas situadas en el camino de Ixtapalapan, á pesar del ímpetu con que los aztecas atacaban su retaguardia. Alvarado y Sandoval llenaron su deber á satisfaccion del general en jefe de las tropas, hasta el punto de merecer grandes elogios el comportamiento que habian tenido los aliados.

Las fuerzas auxiliares de los españoles se aumentaban diariamente con nuevos socorros, pues en pocos días ascendieron al número de doscientos cuarenta mil guerreros. El mayor auxilio les vino de la ciudad de Tezcoco, cuyo príncipe reunió un refuerzo de cincuenta mil hombres, y vino conduciéndolos en persona hasta el campamento de los cristianos. El general lo distribuyó entre las tropas sitiadoras, del mismo modo que lo habia hecho con los refuerzos de otras ciudades aliadas. „Hallándose ya Cortés, dice Clavigero, con tan numerosas huestes á su mando, determinó hacer „dentro de tres días una entrada en México. Dió de antemano las „órdenes necesarias, y el día señalado marchó con la mayor parte „de su caballería, trescientos peones españoles, siete bergantines y „una multitud de innumerables aliados. Hallaron los fosos abiertos, „las trincheras reparadas y los enemigos bien apercebidos á la defensa: con todo, auxiliados por los bergantines, los sitiadores continuaron hacerse dueños de todos los fosos y trincheras que habia „hasta la plaza mayor de Tenochtitlan. Allí hizo alto el ejército, „no permitiendo Cortés que se adelantasen, sin dejar allanados todos los pasos difíciles que estaban en su poder; pero mientras diez „mil aliados se empleaban en llenar los fosos, los otros quemaron „algunos templos, casas y palacios, entre ellos el del rey Axayacatl, „donde ya habian tenido los españoles sus cuarteles, y la célebre „casa de pájaros de Moctezuma. Hechas estas hostilidades á duras „penas, y con gran peligro, por los esfuerzos que hacian los sitiados „para estorbarlas, mandó Cortés tocar la retirada, que se ejecutó „felizmente, aunque los enemigos no cesaron de molestar la retaguardia. Lo mismo hicieron por sus lados respectivos Alvarado „y Sandoval. Esta jornada fué muy fatigosa para los españoles y „sus aliados, pero de indecible afliccion para los mexicanos, no solo „por la pérdida de tantos bellos edificios, sino tambien por la bafa „con que los insultaban sus mismos vasallos confederados de los „españoles, y los tlascaltecas sus mortales enemigos, los cuales les „enseñaban los brazos y las piernas de los mexicanos que habian „matado, dándoles á entender que las cerarian aquella noche, como en efecto lo hicieron.

„Al día siguiente, muy temprano, para no dar tiempo á que los „enemigos reparasen el daño del anterior, salió Cortés de su campamento, con el designio de continuar las operaciones; pero á pesar de su „diligencia, los mexicanos habian erigido de nuevo las fortificacio-

„nes arruinadas, y las defendieron con tal obstinacion, que no pudieron tomarlas los sitiadores, sino despues de combatir furiosamente por espacio de cinco horas. Adelantóse el ejército y ganó dos fosos del camino de Tlacopan (Tacuba); pero aproximándose la noche se retiró al campamento, sin cesar de pelear con las tropas que le seguian el alcance. Sandoval y Alvarado sostenian otros combates, debiendo los sitiados hacer frente al mismo tiempo á tres ejércitos numerosos, que tenian en su favor las ventajas de las armas, de los caballos, de los bergantines y de la disciplina militar. Alvarado por su parte habia ya arruinado todas las casas que estaban á uno y otro lado del camino de Tlacopan (Tacuba), pues la poblacion de la capital continuaba por aquella parte hasta el continente, como aseguran Cortés y Bernal Diaz.”

Mientras que los sitiados se veian estrechamente encerrados en el centro de la laguna, los sitiadores tuvieron la fortuna de traer á su alianza los habitantes de las islas del lago de Chalco y de las ciudades inmediatas, que hasta entonces se habian mantenido acérrimos contrarios de los aventureros españoles. Este triunfo se debió principalmente á los chalqueños y otros aliados; pues no conviniéndoles la proximidad de estos valientes y declarados enemigos, usaron para atraérselos, unas veces de las promesas, y otras de las amenazas y vejaciones. Al fin se presentaron en el campamento de Cortés, ofreciéndole su amistad y confederacion, los nobles de Ixtapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, Mizquic y Cuiclahuac, ciudades todas que ocupaban una parte considerable del estenso valle. Los nuevos aliados fabricaron chozas en el camino para las tropas, trajeron un considerable refuerzo de belicosos guerreros, y pusieron á disposicion de Cortés tres mil canoas para ayudar á los bergantines para sus correrías.

*Asalto general á la ciudad: derrota de los españoles: defeccion de los aliados.* Los ataques se renovaron parcialmente contra la ciudad con diferentes escaramuzas. Los españoles penetraban de dia dentro del recinto despues de una encarnizada lucha: se apoderaban de los puentes, rellenaban los fosos, quemaban las casas y mataban un gran número de enemigos. Los mexicanos volvian por la noche á la carga, obligando á los sitiadores á retirarse, levantaban nuevas trincheras y cavaban nuevos fosos. Aunque un barrio de la ciudad estuviere reducido á cenizas, no habian podido conseguir los españoles establecerse en ningun punto. Fatigado el ejército de estas infructuosas tentativas, de estas matanzas sin resultado, deseaba concluir por un golpe de mano. Convocado y reunido el consejo por orden de Cortés, en él se agotó la cuestion sobre si convendria continuar el sistema de los ataques parciales, yendo paso á paso y destruyendo á medida que se ocupaba, ó si las tres divisiones y la flotilla deberian avanzar simultáneamente, tomando el centro de la ciudad, la gran plaza del mercado, por punto de reu-

nion de todos los esfuerzos combinados; el primer plan tenia el asentimiento de algunos militares antiguos, cuya prudencia no iba en zaga de su valor; pero Cortés, que queria en lo posible conservar á México intacto, destinándolo como capital de aquella parte de América, opinaba por un asalto general: esta opinion, apoyada por todos los oficiales jóvenes, prevaleció de la primera.

Todos oyeron misa en la mañana y encomendaron su alma á Dios. En seguida marcharon las tres divisiones contra el enemigo, que por todas partes los aguardaba con ánimo de vencer ó morir. La columna de Cortés principiò haciendo maravillas. Nada le resistia: tan pronto los mexicanos se detenian para pelear, como emprendian la fuga, cual hombres que fian su salvacion á la ligereza de sus piés, y eran tan naturales en esta manobra, que parecian correr tras una victoria. Cortés y los suyos los perseguian sin misericordia, cuidando de rellenar los fosos á medida que avanzaban. Habiendo pasado el puente mas estrecho y fangoso de la calzada, la escena cambió de repente: los mexicanos se detuvieron y presentaron un continente marcial, mientras sus canoas cargadas de hombres, escondidos en las palizadas, avanzaban á fuerza de remos, coronando en un instante los dos lados del camino que cubrian con sus flechas, y atacando cuerpo á cuerpo á los españoles por los flancos. En breve tiempo, agoviados éstos por el número y derribados á los fosos, se difundió el desorden mas completo en sus filas. Cortés fué cogido por los gefes mexicanos, que ansiosos de hacerlo prisionero por la sed de su venganza, lo conducian conservándolo de toda herida y peligro, como victima que querian ofrecer viva á su dios; pero librado por el valor de tres de sus soldados que se sacrificaron por él, pudo evadirse en el caballo que le cedió su fiel mayordomo Cristóbal de Guzman, quien cayó vivo en poder de los mexicanos para morir bajo el cuchillo del gran sacerdote.

La division de Alvarado no tuvo mejor suerte; pues queriendo el enemigo manifestarle la ventaja que acababa de obtener en la calzada de Ixtapalapan, arrojó á sus filas las cabezas ensangrentadas de algunos españoles, gritándoles que igual suerte les aguardaba en este dia. A esta vista los indios aliados emprendieron la fuga, y los castellanos abandonados á sí mismos, se vieron cogidos cuerpo á cuerpo y obligados á una retirada precipitada. „Mientras el enemigo nos perseguia, dice Bernal Diaz, oiamos el ruido de los timbales, y el destemplado y terrible son de la trompeta, que desde lo alto del templo del dios de la guerra, llamaba á todos los mexicanos á las armas. Esta lúgubre y estrepitosa música, que solo puede compararse á la del infierno, se oía á tres leguas de distancia, anunciando tambien que en aquel momento iban á ser sacrificados nuestros desgraciados camaradas prisioneros. Habiendo hecho alto, les vimos conducir sobre la plata forma del templo, con la cabeza llena de plumas, y forzados á bailar delante del horrible ido-